

El pintor catalán instala cinco lienzos de piedra en la gran sala de exposiciones al aire libre que es Park Avenue

# Zarpazo de Lleó en Manhattan



Una de las cinco grandes piedras pintadas de Lluís Lleó (abajo, con los operarios) que han sido instaladas esta semana en Park Avenue

FRANCESC PEIRÓN  
Nueva York. Corresponsal

Aquí llega el camión de la empresa Mariano Brothers, Lluís Lleó, vestido con el chaleco reflectante y casco en mano, *look* más propio de proletario que de creativo, sabe que esa es la señal. En breve arranca la operación definitiva –excepto percance inesperado, y a él no hace falta explicárselo visto lo visto– que lo ubicará en la cima del arte callejero.

“He estado 28 años esperando, esto es un Everest, mi 8.000”, confiesa. Su nombre ya figura al lado de los de Robert Indiana, Will Ryman o Jean Dubuffet.

Afincado en Nueva York desde 1989 –sostiene que era otro Nueva York, más aventurero y menos *shopping mall*–, el pintor catalán (Barcelona, 1961) ha sido el elegido para instalar cinco obras en uno de los enclaves identificativos de Manhattan, en Park Avenue, entre las calles 52 y 56, desde este mayo hasta el 31 de julio. En las dos décadas de ex-

posiciones al aire libre en este espacio, el protagonismo correspondía a la escultura. Lleó introduce un zarpazo innovador a esa costumbre. “Les encantó (al jurado). En realidad son pinturas. Es pintura sobre piedra”, subraya. Unos lienzos de arenisca, piezas extraídas de canteras del Empordà –“nunca te dicen de donde las sacan, lo guardan en secreto”–, territorio al que se desplazó a principios del 2017 para realizar esta obra titulada de forma genérica *Morpho's Nest in The Cadmium House*.

Las composiciones abstractas son a doble cara. Caminando de sur a norte, surge el azul, por las mariposas de ese color (*Morpho*) típicas de Centroamérica. Representa el refugio, el nido. En el reverso, el rojo –“siempre me ha acompañado”– que es la posibilidad de que pasen cosas. “Un lado es la América de mi realidad y el otro los orígenes, la pasión”, señala.



La grúa (no es del equipo Mariano) está anclada junto al jardín central que divide Park Avenue, en el cruce con la calle 55. La acción empieza a las diez de la noche del pasado miércoles y es una secuela.

Después de la travesía marítima, el camión de los Brothers carga en el remolque

tres de esas piedras singulares de buen calibre –entorno a tres toneladas cada una y casi cuatro metros de altura–, medidas en unas cajas de madera a prueba de bombas. Pero no a salvo de la negligencia o de los accidentes propiciados por la mano humana o la mala cabeza. El problema no es el botón rojo, sino quién lo maneja.

El dispositivo de esta noche habría sido innecesario si el viernes 28 de abril, cuando se instalaron las tres primeras, no se hubiese caído la cuarta en pleno vuelo y no hubiera quedado hecha añicos, mientras el gruista desaparecía entre las luces de la madrugada.

Previsor, además de artista, Lleó había

**Su obra, un diálogo entre el románico y la modernidad, también le sirve ahora como homenaje a Xavier Corberó**

pergeñado tres murales de más. El dispositivo no es fácil. Hay que levantar las piedras en el aire, bajarlas y encajarlas en la peana de acero, diseñada por el empresario del sector, con sede en Cassà de la Selva, Jaume Roses, que ha venido desde allá para ser testigo del evento. La peana es imprescindible puesto que no se puede perforar: abajo corre el túnel ferroviario que conecta con Grand Central.

Comenta Lleó que él propuso hacer tres piezas y colocarlas en el islote de la confluencia con la calle 52 para “dialogar” con el edificio Seagram diseñado por Mies van der Rohe, “porque venimos de lugares parecidos y acabamos uno al lado del otro”, reflexiona. Supone el contraste del fresco del románico catalán y el presente de Park Avenue, “uno de los lugares más intensos, energéticos y modernos del mundo”.

El gruista del viernes no ha aparecido. Hay otro. Encajar la cuarta pieza lleva 90 minutos. “Circunstancialmente –afirma Lleó– esto se convierte en un homenaje a Xavier Corberó”. Murió el 24 de abril. “Me ayudó mucho. Aquí se une lo que me enseñó mi padre (Joan), pintor, y lo que me enseñó Xavier, que era escultor”.

Pasada la medianoche, Irene (la esposa del artista) y el resto de la concurrencia suspiran de alivio. La quinta y última pieza está en pie. Lleó corona su particular Everest: “Como decía Warhol, que era muy sabio, todo el mundo tiene sus 15 minutos de gloria. Estos son mis 15 minutos”.

## Calatrava atribuye las goteras del Oculus a “las fuertes precipitaciones”

NUEVA YORK Corresponsal

Llueve en Nueva York, ¿llueve también dentro del Oculus? Esta es la cuestión que se plantea a partir de ahora, si las goteras del pasado viernes en el gran *hub* de transporte del bajo Manhattan, la calificada como la estación más cara del mundo, con su coste de 4.000 millones de dólares, fueron una cuestión circunstancial o es una deficiencia de la gigantesca

doble espina cruzada diseñada por Santiago Calatrava.

La cuestión se alimenta en parte porque la agencia de comunicación que representa al arquitecto han señalado que las filtraciones no son achacables a problemas en el edificio, sino que son consecuencias de las “fuertes precipitaciones”. Añadieron que otras infraestructuras de la ciudad, como Grand Central Terminal o Penn Station también su-

frieron las consecuencias. Obvian que estos ejemplos cuentan en muchos casos con estructuras obsoletas por el paso de décadas de servicio y, en ningún caso, se atribuyeron a goteras. Insistieron estos portavoces en culpar, además, a las obras aún en curso en el World Trade Center (WTC).

Desmentidos de este tipo han sido más habituales de lo esperado en la carrera de Calatrava. Sus espectaculares y carísimas obras están lastradas, en no pocas ocasiones, por las acusaciones de déficits estructurales o posibles errores constructivos.

Pero el Oculus ha provocado también un cruce de acusaciones entre sus propietarios, la Porth Authority (PA), y el promotor Larry Silverstein, responsable de las obras de la Torre 3 del WTC, una



Vista del techo del Oculus

de las zonas desde la que cayó agua. La PA aseguró que la cubierta del Oculus funcionó correctamente. “El agua llegaba de áreas abiertas de la Torre 3”, dijo Steve Coleman, portavoz de la autoridad portuaria.

Esto se matiza porque hubo filtraciones en otras áreas y desde la parte superior del complejo, según los testigos. Un portavoz de Silverstein señaló: “Cualquiera que sugiera que las filtraciones en el Oculus proceden de la Torre 3... está equivocado”. En esta versión, y mientras su territorio aparecía seco, se indicó que “las áreas impactadas por la lluvia son partes que forman parte del *hub*”. Algunos legisladores han solicitado que se realice una investigación, de las goteras y de cómo la PA se gasta el dinero.